

DESCOLONIZAR LA AVENTURA

CLAUDIO MARINGELLI

JAVIER DE ISUSI



Un recorrido a través de
Los viajes de Juan Sin Tierra

ASTIBERRI

No siempre resulta tarea fácil determinar cuándo empezó una historia.

Normalmente se acaba por señalar un momento que sea representativo por alguna razón, pero en el fondo uno sabe que podría remontarse a un poco antes, y aun antes... De ahí el gusto por las precuelas: siempre hay historias antes de las historias.

En el caso de *Los viajes de Juan Sin Tierra* podría decir que todo empezó un 13 de agosto del año 2000 en México... o no; también podría irme a cuatro años antes, a una fecha ahora indefinida de 1996 cuando yo era estudiante de arquitectura en Lisboa. Aquella noche soñé una historia perfectamente acabada, como una película, en la cual su protagonista era un tipo que se parecía mucho a Corto Maltés.



A veces me ocurre eso de soñar películas; incluso, en ocasiones, esos sueños acaban con la palabra «fin» y aparecen los títulos de crédito. No recuerdo si fue así como acabó aquel sueño, pero lo que sí puedo asegurar es que fue el origen de un guion de un cómic que nunca llegué a dibujar y que se titulaba *La canción del portugués*.

Su protagonista era un marino al que llamé Vasco, un nombre que jugaba tanto con mi propio origen como con el nombre del más ilustre marino portugués: Vasco de Gama.



Un año más tarde, en San Sebastián, durante una aburridísima clase de estructuras, pintaba monigotes para distraer el tedio que la asignatura me producía y me salió la cara de otro personaje al que inmediatamente puse nombre: Juan Sin Tierra. Ese nombre tenía un doble sentido: el Juan Sin Tierra del famoso corrido que cantaba Víctor Jara y el Juan Sin Tierra de Robin Hood. El primero era un campesino sin tierras enrolado en la Revolución mexicana, el segundo un rey sin reino; sin embargo, este Juan Sin Tierra no era como ninguno de esos dos, era un joven que no paraba de viajar porque no encontraba su lugar en el mundo.



Pero al principio he mencionado otra fecha, el 13 de agosto del año 2000. Y es que ese día partí por primera vez hacia tierras americanas en lo que era el comienzo de un viaje lleno de incógnitas. Llegué en avión en un trayecto que me llevó desde Bilbao hasta Ciudad de México con un billete solo de ida; no sabía cuándo volvería a mi tierra ni desde dónde. En México estaban entonces mis padres; en Brasil una pequeña ONG con la que yo colaboraba y que trabajaba con niños de la calle. Mi idea era aprovechar que ya estaba en América para ir desde un lugar al otro; sobre la marcha decidí que lo haría por tierra. Siete mil kilómetros en línea recta.

El viaje fue saliendo así, de manera improvisada con dos únicas certezas: el lugar de origen y el de destino, a las que tiempo después se sumaría otra certeza, la fecha de regreso debido a la boda de mi hermana.

Finalmente fueron once meses de viaje en total y más de quince mil kilómetros. Regresé desde Fortaleza (Brasil) el 13 de julio de 2001. Entre medias me permití perderme y dejarme atrapar por los lugares que más me sedujeron.

Así, estuve un mes y medio en Puebla, otro mes y medio en la comunidad zapatista de La Realidad, una semana en el lago Atitlán, otra semana en la isla de Utila, medio mes en la isla de Ometepe, unos días en Quito, un mes en la Amazonia, otros cinco días en Lima, diez días en el valle de Urubamba, una semana en Buenos Aires... e innumerables jornadas en medios de transporte de todo tipo pasando por grandes ciudades y pequeñas aldeas. Finalmente, acabé por llegar a Fortaleza, donde el vértigo del viaje dio paso a otra sensación más reposada en la que, sin ser del todo consciente de ello, empezaba ya a construir lo que iba a ser mi vida a partir de entonces.

Bueno, al fin y al cabo, para eso había emprendido ese viaje. Para perderme. Para encontrarme.

Casi desde el principio del viaje empezó a tomar forma la idea de hacer un cómic que se basara en lo que estaba viviendo. Pero no un cómic autobiográfico, sino una historia de ficción inspirada en lo que me iba encontrando; algo así como ver mi propio viaje a través de unas gafas de realidad aumentada: los lugares serían reales, las circunstancias serían reales, los personajes serían reales, pero lo que a estos les ocurriría sería ficción. Para ello retomaría aquellos dos personajes que había creado yo con anterioridad, Juan Sin Tierra y Vasco.

Y así fue como empezó a desplegarse ante mí la historia que años más tarde dibujaría con el nombre de *Los viajes de Juan Sin Tierra*. Yo hasta entonces había hecho algunos cómics de manera totalmente *amateur*, algunos los había publicado en fanzines, pero nunca había dado el salto a lo profesional. Aquella serie se convertiría, pues, en el primer cómic que publicaba y alcanzó las 600 páginas diez años después de haber empezado a pensar en él.

Diez años y 600 páginas en las que, como buena obra primeriza, quería meter todas las cosas que me bullían por dentro. Y eran muchas. El resultado fueron cuatro novelas gráficas con muchas capas de lectura, una de las cuales, tal vez la más inmediata y evidente para mí, tenía que ver con cómo se relacionaba el cómic con mi propio viaje por Latinoamérica.

Durante aquel viaje no llevé cámara de fotos ni algo que ahora parece tan imprescindible, pero que entonces todavía era minoritario: un teléfono móvil. Lo que sí llevaba era un pequeño zurrón con un cuadernito donde iba escribiendo lo que me pasaba por la cabeza, y unas acuarelas con las que pintaba lo que veía con mis ojos. Al final fueron cuatro los cuadernos que utilicé, y mis dibujos acabaron siendo la fuente principal de documentación que utilizaría después para hacer los libros; algunas de esas acuarelas quedarían convertidas en viñetas después. Y las pequeñas caricaturas que hice de los amigos que fui encontrando en el viaje fueron la base para dibujar a los personajes que basé en ellos.

El viaje acabó durando mucho más que los once meses estrictos de mi estancia en Latinoamérica. Los diez años siguientes me los pasé regresando con mis pinceles y mis recuerdos una y otra vez a San Cristóbal de las Casas, a La Realidad, a Atitlán, a Granada, a Ometepe, a Quito, a Coca, a Pantoja, a Iquitos, a Amanajú, a Marquetá, a Fortaleza y a tantos otros lugares de la exuberante geografía latinoamericana.

Y allá que vuelvo una vez más.



Los quichunas

Los quichunas, que son los indios amazónicos que aparecen en *Los viajes de Juan Sin Tierra*, no existen en la realidad, pero están basados en etnias reales como las aguaruna, zoé, awá o kogui.

El testimonio personal de una amiga que vivió tres años con los aguarunas me sirvió para retratar el carácter de mis quichunas, así como su manera de estar en el mundo. Su aspecto físico, en cambio, está basado sobre todo en el de los cazadores awás, mientras que algunas de sus costumbres las tomé de los zoés.

El idioma que hablan combina palabras quichuas con otras de los zoés en una jerga que no tuve más remedio que inventar.

La única etnia que yo conocí, la pitaguarí, estaba tan contaminada que no me sirvió en absoluto de inspiración.

De todos modos en ningún momento pretendí hacer algo parecido a un retrato antropológico. Los indios sirven en la historia para representar el viaje de Vasco hacia su propio interior y por eso me pareció más adecuado inventar la tribu quichuna.

Estos apuntes los tomé de un documental que vi sobre los zoés.





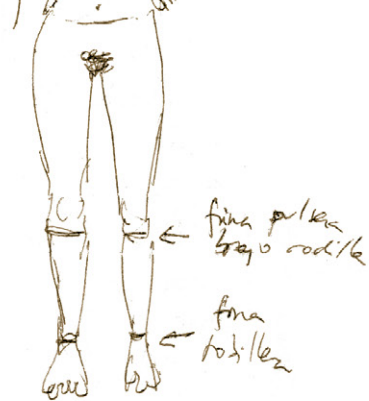
↑
 pente de
 canch para
 penase

CUMONYA



↑
 iraga
 pluma de avton
 negro en el pelo
 de brasa

←
 alas



←
 fina pulca
 trayo codila

←
 fina
 toyllen



WATU → DUNO DE
 PUNO
 SUBCUNO → NO K 6
 LOREN



«Ella» o «La de las palabras de oro», pretende ser la personificación de la Madre Tierra, la Pachamama o, aún más, El Gran Misterio.

En *Río Loco* encarnaba además la referencia final a Corto Maltés, al tomar el aspecto del personaje de Boca Dorada en una viñeta de la escena que marca el punto de inflexión en la narración. Con el nombre de «La de las palabras de oro» no solo establecía un juego con Boca Dorada, sino que también explicaba la relación de los quichunas con el oro. Mis quichunas valoran el oro porque consideran que son palabras puras de «Ella».

Me llevé una bonita sorpresa cuando un amigo, que pasó una temporada con los indios koguis de la sierra de Santa Marta, me reveló que para ellos, de una manera similar a mis quichunas, el oro es la sangre de la Madre Tierra. Así mismo, el concepto de Aluna que menciona «Ella», el lugar donde existen todas las posibilidades, lo saqué de la cosmovisión de los koguis.

Para hacer el personaje de Napo tomé no pocas ideas de la vida de Manuel Córdova-Ríos, contada en el libro *Un brujo del Alto Amazonas*.

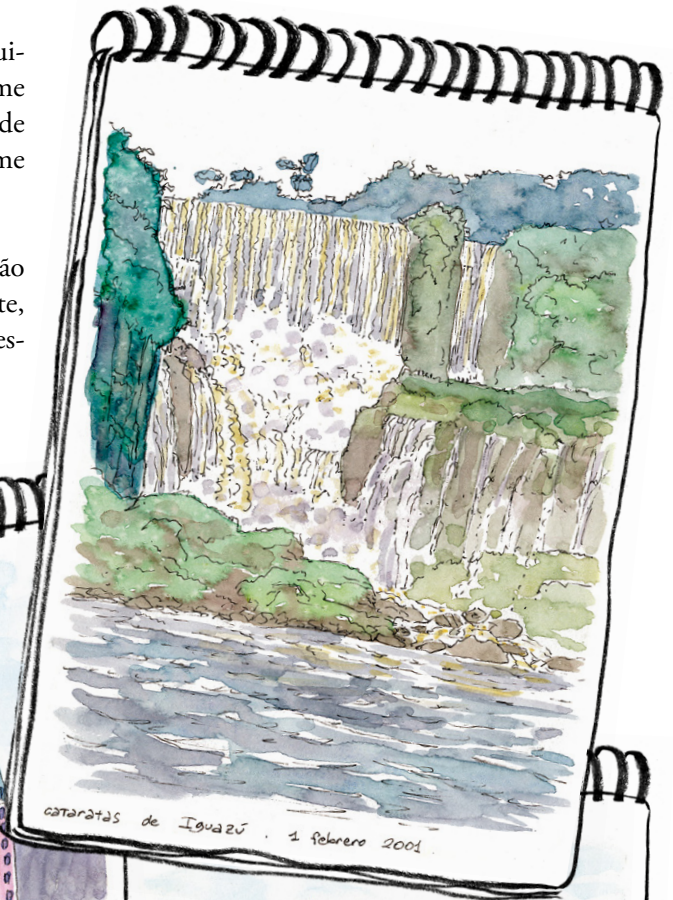
Manuel Córdova-Ríos fue secuestrado por una tribu amazónica cuando era un niño de once años y fue educado por el chamán de la tribu para sucederle cuando él muriera, entendía que necesitarían un jefe que conociera el mundo de los blancos para poder defenderse de ellos con eficacia. El caso de Napo es inverso, se trata de un niño quichuna que su abuelo envía a vivir con los blancos, pero el objetivo es el mismo.



Brasil

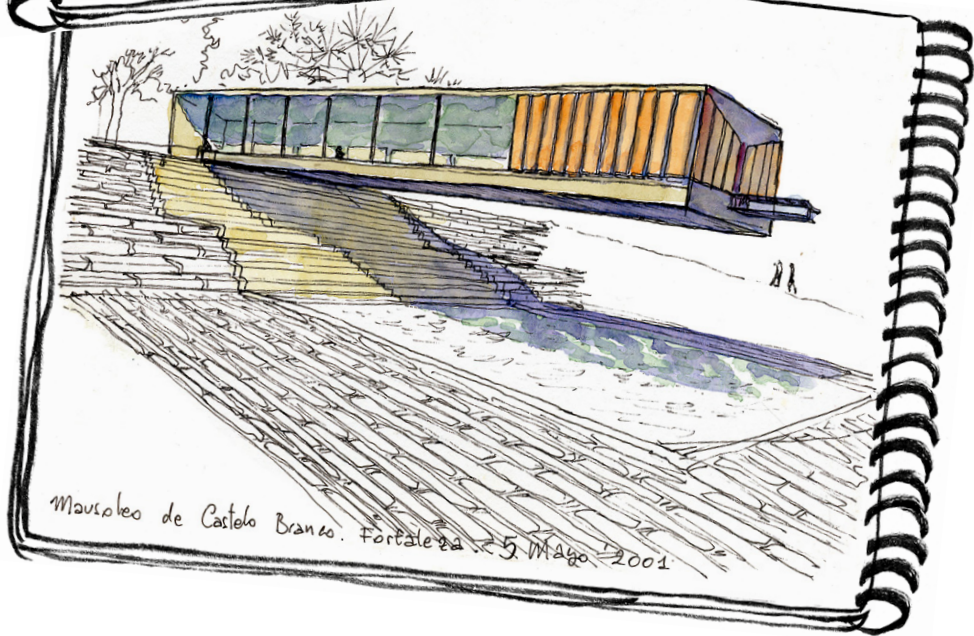
Mientras Vasco se pasa meses con los quichunas yo pisé el acelerador del viaje y me embarqué desde La Paz en un trayecto de tres días de autobús para reencontrarme con Lucho en Buenos Aires.

Desde ahí, después, marché a Iguazú, São Paulo, Río de Janeiro, Bahía y, finalmente, Fortaleza, donde amigos de amigos me esperaban con los brazos abiertos.





Bahianas de mentirijillas a la casa del turista. Salvador de Bahía 6-feb-2001



Mausoleo de Castelo Branco. Fortaleza 25 Mayo 2001

En cuanto llegué a Fortaleza de algún modo todo cambió. Empecé a trabajar en distintos proyectos con el Movimento Nacional de Meninos e Meninas de Rua, en la favela de Pirambú y con gente del barrio cooperativo de Jangurussú. Así, al vértigo del viaje le sucedió una sensación familiar de creación de cotidianidades, aunque fuera en un lugar nuevo donde inevitablemente surgían las sorpresas. Sin embargo se trataba de una actitud vital diferente y eso también quedó reflejado en el libro. En el cuarto tomo, Vasco abandona la aventura externa y su viaje, el más profundo de toda la serie, es un viaje interno.

Ceará (Brasil)

Fragmentos de mi cuaderno de viaje:

Pronto dejaré de escribir con frecuencia en este cuaderno. Es la vida diaria, con sus idas y venidas.

En los lugares donde me quedo a residir no dibujo. Así, no tengo ni un solo dibujo de Puebla, ni de Lima, ni de Buenos Aires. Y en tres meses aún no había hecho un solo dibujo de Fortaleza.

A veces me siento un poco burócrata, tanta reunión por aquí, por allá, informes, e-mails...

Pero alguien tiene que hacerlo.

A tal punto he llegado. No ha sido hasta que he llegado a Caponga que me he preguntado por qué no he sido capaz de salir apenas de Fortaleza en cuatro meses.





Elodie. (France)

ELSA

El personaje de Elsa estaba basado en Élodie, a quien conocí en Atitlán y después reencontré en Antigua, Utila y París. En el caso de Elsa, la encontramos primero en Ometepe, después en Quito y, luego, en Salvador de Bahía. En un cómic que usaba la película *Casablanca* como referencia repetida, el nombre de Elsa remitía a Ilsa Laszlo, la protagonista encarnada por Ingrid Bergman.





El último personaje importante de la serie, el fotógrafo bailarín con el que Vasco se sincera es el único que se queda sin nombre. Me pareció mejor así ya que, de alguna manera, con quien se está sincerando realmente Vasco es con el lector.

Toda esa larga conversación en el aeropuerto fue también una especie de homenaje personal a las buenas *conversas* que mantuve con Lima Filho, artesano, fotógrafo y bailarín de gran corazón.

El MST (Movimento dos trabalhadores rurais Sem Terra)

El título del último tomo de la serie, *En la tierra de los Sin Tierra*, hacía referencia al MST, lógicamente. En su construcción gramatical contenía, además, un personal y pequeño homenaje a los libros que tanto leí de niño, pasados a viñetas, en la colección Joyas Literarias. Había una novela no muy conocida de Julio Verne cuyo título siempre me cautivó: *En el país de las pieles*.



El MST es, probablemente, el movimiento social más numeroso del planeta, compuesto por centenares de miles de familias distribuidas en millares de campamentos y asentamientos distribuidos a lo largo y ancho de la geografía brasileña. Su lucha no exige nada que no esté contemplado en las propias leyes brasileñas: reforma agraria para las tierras improductivas. Sin embargo supone un desafío incómodo para los grandes latifundistas del país. Una trágica prueba de ello es que desde la creación del movimiento, en 1985, han sido asesinados más de 1700 de sus integrantes. Desde la pequeña ONG vasca a la que yo pertenecía seguíamos su actividad con atención y teníamos ganas de colaborar con ellos. Por eso entablé contacto con la delegación que tenían en Fortaleza. La acogida que me brindaron en aquella delegación fue tan recelosa como la que le dispensan a Vasco, con los mismos comentarios acerca de los sabotajes continuos que sufrían. Sin embargo la que me dieron en el campamento de Amanajú y en el asentamiento de Maraquetá fue tan cálida y generosa como la que recibe Juan.

En cualquier caso lo que le ocurre a Vasco con el MST tiene mucho que ver con lo que a mí mismo me ocurrió con ellos. Ambos aprendimos lo engorrosos y poco útiles que pueden llegar a resultar los «paracaidistas» bienintencionados.



Noite de S. João sobre Marquetá . 24 junho 2001.

La llegada en moto bajo la luna me recuerda a mi llegada a Copán bajo la luna llena. Como bienvenida el cielo me manda la estrella fugaz más larga que nunca vi. Me da tiempo de pedir un deseo mientras la veo pasar.

Saludos de los campos del MST. Me siento en casa. Vibro con este aroma de flores silvestres y nocturnas. Vibro con el sueño haciéndose realidad de estas gentes, sueño de una sociedad más justa y fraterna. Vibro como la llama de este cardil.